

revista se la nombra en su turno, y luego que se pronuncia su nombre, un oficial dice en alta voz: *Esa ya no existe; ¡es maldita!* etc.

En general las ejecuciones que terminan allí tantos reinados, son reconocidas por la ley; y hemos visto un ejemplo memorable en la muerte del amable Selim, última víctima de este terrible derecho público. Cansado este Príncipe del poder, quiso cederlo á su tío, y éste le dijo: «Mirad bien lo que haceis; las facciones os fatigan; pero cuando seáis una persona particular, otra faccion podrá muy bien volveros á llevar al trono, es decir, á la muerte.» Selim persistió en su determinacion, y la profecía se cumplió. Bien pronto una faccion poderosa emprendió colocarle otra vez en el trono; y un *felfa* del Divan le quitó la vida. En tales casos el decreto dirigido al Soberano se parece mucho al que el Senado romano dirigia á los Cónsules en los momentos peligrosos: *Vi-deant Consules*, etc.

En cualquier Estado donde el Soberano ejerza el derecho de castigar *directamente*, es necesario que él pueda ser juzgado, depuesto y muerto; y si no hay un derecho ó regla fija sobre este punto, es preciso que su muerte no asuste ni conmueva las imaginaciones; es necesario aun, que los autores de estos terribles atentados no padezcan en la opinion pública, y que haya hijos expresamente formados que consientan en llevar los mismos nombres de sus padres. Esto es lo que ha sucedido en efecto, porque todo lo que es necesario, existe.

La opinion es lo que debe ser. Ella quiere que en ciertos casos pueda extenderse la mano sin deshonor sobre el Príncipe que está investido con el derecho de quitar la vida á otros.

Por una razon del todo contraria, tanto la opinion como la ley deben reprimir á todo hombre que se atreva á poner la mano sobre un Monarca declarado inviolable. El mismo nombre de *regicida* desaparece sofocado bajo del peso de la infamia, cuando en otras partes la dignidad de la víctima parece ennoblecen algunas veces el asesinato.

CAPÍTULO V.

VIDA COMUN DE LOS PRÍNCIPES. — ALIANZA SECRETA DE LA RELIGION Y DE LA SOBERANÍA.

La lectura de la historia casi inclinaria á creer que la muerte violenta es natural para los Príncipes, y que para ellos la natural es solo una excepcion.

Dé los treinta Emperadores que reinaron en los dos siglos y medio desde Augusto hasta Valeriano, solamente seis murieron de muerte natural; y en Francia en un espacio de ciento y cincuenta años desde Clodoveo hasta Dagoberto, mas de cuarenta Reyes ó Príncipes de la sangre real perecieron de muerte violenta ¹.

¿Y no es cosa verdaderamente deplorable, que aun en estos últimos tiempos se haya podido decir: «Que si en un espacio de dos siglos se cuentan en Francia diez Monarcas ó Delfines, tres de ellos han sido asesinados, tres murieron de muerte secretamente preparada, y el último pereció en el cadalso ²?»

El historiador que acabamos de citar tiene como una cosa cierta que la vida de los Príncipes es mas corta que la vida común de los hombres, á causa de las muchas muertes violentas que han dado fin á tantas personas reales; «ó sea, añade, que la brevedad general de la vida de los Reyes procede de los embarazos y de los disgustos del trono, ó de la fu-

¹ Garnier, *Historia de Carlomagno*, t. 1, en 12.º, introduccion, c. 2, pág. 219. Esta cita es del Sr. Bernardi en su obra *Del origen y progresos de la legislacion francesa*. (*Diario de los Debates*, 2 de agosto de 1816).

² En el *Diario de Paris*, de julio de 1793, núm. 183, se puede leer la espantosa diatriba de donde se ha sacado esta cita. El autor sin embargo, parece que murió en el pleno uso de sus cinco sentidos: *Sit tibi terra levis!*

«nesta facilidad que tienen los Reyes y los Príncipes de satisfacer todas sus pasiones ¹.»

■ Á primera vista parece verdadera esta observacion; mas no obstante, examinando las cosas mas de cerca, para mí produce un resultado enteramente diferente.

La vida de los hombres comunmente parece estar calculada poco mas ó menos en veinte y siete años ². Por otro lado, si se han de creer los cálculos de Newton, los reinados comunes serian de diez y ocho á veinte años; y yo creo que este cálculo no sufriria contradiccion, si no se hiciese excepcion alguna de siglos ni de naciones, es decir, de religiones; pero esta distincion debe hacerse, segun lo observa el caballero Guillermo Jones. «Examinando, dice, las dinastías asiáticas desde la decadencia del Califato, no he hallado mas que diez á doce años por reinado comun ³.»

Otro miembro distinguido de la Academia de Calcuta pretende que, segun las tablas necrológicas, la vida comun es de treinta y dos á treinta y tres años; «y que en una larga sucesion de Príncipes no podria darse mas duracion á cada reinado, uno con otro, que la mitad de esta suma, ó sea de diez y siete años ⁴.»

Este último cálculo puede ser verdadero, si se hacen entrar en él los reinados asiáticos; pero respecto de la Europa seria falso, porque en esta parte del mundo los reinados comunes exceden desde muy antiguo el término de veinte

¹ Garnier, *Historia de Carlomagno*, t. I, pág. 227 y 228.

² D'Alembert, *Varietades de literatura y de filosofia*: Amsterdam, 1767, cálculo de las probabilidades, pág. 283. — Este mismo D'Alembert observa no obstante que habia algunas dudas sobre estas evaluaciones, y que las tablas necrológicas debian hacerse con mas cuidado y precision. (*Opúsculos matemáticos*: París, 1768, en 4.º, t. V. Sobre las tablas necrológicas, pág. 231). Desde aquella época se han hecho, segun creo, con mucha exactitud.

³ *Obras del caballero Jones*, en 4.º, t. V, pág. 334. En el prefacio de su *Descripcion del Asia*.

⁴ El Sr. Bentley, *Investigaciones asiáticas. Suplemento á las obras citadas*, t. II, en 4.º, pág. 1033.

años, y en muchos Estados católicos llegan hasta veinte y cinco.

Tomemos, pues, el término medio de 30 entre los 27 y 33 que se asignan á la duracion de la vida comun, y el término medio de 20, aunque demasiado bajo, como cualquiera puede convencerse por sí mismo para el reinado comun en Europa. Pregunto ahora: ¿cómo es posible que la vida comun de los hombres sea solamente de 30 años, y los reinados de 22 á 25, si los Príncipes (se entiende los Príncipes cristianos), no tuviesen mas larga vida que la que se asigna al comun de los hombres? Esta consideracion probaria lo que siempre me ha parecido muy probable, y es, que las familias verdaderamente Reales son naturales, y se diferencian de las otras, como un árbol se diferencia de un arbusto*.

Nada sucede en el mundo, nada existe sin una razon suficiente; y así una familia no puede reinar sino porque tiene mas vida, mas *espíritu real*, en una palabra, sino porque excede á las demás en todo lo que hace á una familia mas á propósito para reinar. Se cree que una familia es Real porque reina; y es al contrario, reina porque es Real.

En nuestros juicios sobre los Soberanos estamos expuestos á cometer una falta imperdonable, si fijamos nuestra vista sobre algunos puntos tristes de sus caracteres ó de sus vidas. Dice el hombre á veces muy satisfecho: «¡Hé aquí lo

* Tememos que el profundo respeto que el Autor profesaba á las casas Reales de Europa no le dejó seguramente advertir que, si la vida media de los Reyes cristianos resulta mayor que la de los demás hombres, es porque la comparacion no es exacta. En los demás van incluidos los páyulos, de los que mueren la mitad antes de los tres años, y en los Reyes no. Ya en otra parte hicimos notar que la vida media de los monjes de Monserrat, que vivian en el mismo monasterio y murieron allí, subió en los últimos 130 años á 72 años y 8 meses, á lo que ni de mucho ha llegado nunca la de los Reyes. Sin embargo, hay en las familias reinantes católicas un *quid divinum*, que las eleva soberanamente sobre todas las demás, y las hace descollar como los árboles sobre los arbustos, y esto quiso manifestarnos el Autor.

(Nota del Director de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

«que son los Reyes! y debiera decir: ¿Qué sería yo si solamente algún movimiento revolucionario hubiera colocado «á mi tercer abuelo sobre el trono? Un imbécil ó un furioso, que á todo trance debería quitarse de en medio.»

Los Reyes, á la manera de infelices *estilitas*, están condenados á pasar su vida sobre una columna, sin poder nunca bajar de allí. Así no pueden ver tan bien como nosotros lo que pasa por bajo; mas en cambio ven de mas léjos, y tienen un cierto tacto interior, un cierto instinto que frecuentemente los conduce mejor que el raciocinio de los que los rodean *. Estoy tan persuadido de esta verdad, que en todas las cosas dudosas me sería muy repugnante, y aun creeria comprometer mi conciencia, si contradijese abiertamente (aun del modo que es permitido) la voluntad de un Soberano. Despues de haberles dicho la verdad como se debe, no debe hacerse mas que ayudarles y dejarles obrar.

Todos los dias se hacen comparaciones de un Principe con un particular: ¡qué sofisma! En estas comparaciones hay inconvenientes que nacen de la posicion de los Soberanos, y por consiguiente deben tenerse por nulos. La comparacion debe hacerse entre una familia *reinante*, y otra familia particular que si *reinase* estaria sujeta á los mismos inconvenientes. En esta suposición no queda la menor duda sobre la superioridad de la primera, ó por mejor decir, sobre la incapacidad de la segunda; porque la familia no Real nunca reinará ¹.

Así, pues, no deberá extrañarse si se encuentra en una fa-

* Esto se advierte palpablemente: en lo que obran por sí, sin excitaciones externas, sus elecciones suelen ser felices, buenas; pero cuando siguen las insituaciones de otros, á no ser estas personas de virtud conocida, suelen servir á las bajas pasiones de ellos, ó tal vez, sin advertirlo ni pensarlo, á las maquinaciones de la secta enemiga suya. Luis XVI, con las mejores intenciones, destronándose sin advertirlo, debe abrir los ojos á todos los Monarcas del mundo.

¹ La soberanía legitima podrá ser imitada durante algún tiempo; tambien es susceptible de mas ó de menos; y los que han meditado mucho sobre este grande objeto, no podrán dejar de conocer en este género los caracteres del *mas*, del *menos*, ó de la *nada*. Si nada se sabe del

milia Real mas vida comun que en cualquiera otra; y esto nos conduce á exponer aquí uno de los mayores oráculos pronunciado en la santa Escritura:

«Los crímenes de los hombres multiplican los Príncipes.

«La prudencia y la inteligencia de los súbditos hacen mas «durables los reinados ¹.»

Nada hay mas cierto, ni mas profundo, ni tampoco nada mas terrible; pero por desgracia nada hay menos sabido. El enlace de la Religion con la soberanía nunca debe perderse de vista. Me acuerdo haber leído hace algún tiempo un sermón inglés que tenia por título: *Los pecados del Gobierno son los pecados del pueblo* ². Suscribo á ello: este título solo vale mas que muchos libros.

Comparando las dinastías de los Soberanos de Europa y de Asia, observa el caballero Jones, «que la naturaleza de «los infelices gobiernos asiáticos explica la diferencia que los «distingue de los nuestros, respecto de la duracion de las «razas ³.»

Así es sin duda; pero es preciso añadir que la Religion es la que diferencia los gobiernos. El Mahometismo no concede mas que diez ó doce años á los Soberanos; *porque los críme-*

origen de una soberanía; si ha principiado, digámoslo así, por sí misma, sin violencia por un lado, y sin aceptación ni deliberación por el otro; si además el Rey es europeo y católico, él es, como dice Homero, *muy rey* (*βασιλευτατος*). Quanto mas se aleje de este modelo, será menos rey. No se debe fiar mucho de las razas elevadas por un torbellino, producidas por la política ó la fuerza, y que se muestran rodeadas, defendidas, consagradas por bellas leyes fundamentales escritas en papel avitelado, *y que han previsto todos los casos*. — Estas razas no pueden durar. — Mucho mas se pudiera decir acerca de esto.

¹ «Propter peccata terrae multi Principes eius, et propter hominis sapientiam et horum scientiam quae dicuntur, vita ducis longior erit.» (*Prov. xxviii, 2*).

² *Discurso prevenido para la últim. vigil.* (London, *Chronicle*, 1793, núm. 5747). Este título y este asunto son dignos de un talento sábio y luminoso.

³ *Obras del caballero Jones*, t. V, pág. 334. En el prefacio de su *Descripcion del Asia*.

nes de los hombres multiplican los Principes, y en todo país de infieles es absolutamente preciso que haya muchísimos mas crímenes, y muchísimas menos virtudes que entre nosotros, por grande que sea la relajacion de nuestras costumbres; porque á pesar de esta relajacion, continuamente se nos predica la verdad, y *estamos instruidos de las cosas que se nos dicen.*

Los reinados, pues, pueden calcularse de veinte y cinco años. En Francia el reinado comun, durante tres siglos, es de veinte y cinco años. En Dinamarca, en Portugal, en el Piamonte los reinados son igualmente de veinte y cinco años. En España se han calculado de veinte y dos; y así se ve claramente, que aunque hay alguna diferencia en la duracion de los diferentes gobiernos cristianos, todos ellos son no obstante mas largos que todos los reinados no cristianos, antiguos y modernos.

Otra consideracion importante sobre la duracion de los reinados pudiera sacarse de las soberanías protestantes, comparadas con ellas mismas antes de la Reforma, y con las otras que no han variado su creencia.

Los reinados de Inglaterra, que eran de mas de veinte y tres años antes de la Reforma, solo son ya de diez y siete desde aquella época. Los de Suecia han bajado de veinte y dos años al mismo número de diez y siete. Pudiera muy bien ser que la ley incontestable respecto de las naciones infieles, ó primitivamente extrañas á la influencia de la Santa Sede; que esta ley, digo, se manifestase aun en las naciones que no han dejado de ser católicas sino despues de haberlo sido largo tiempo. Sin embargo, como puede haber compensaciones desconocidas, y que Dinamarca, por ejemplo, en virtud de alguna razon oculta, aunque ciertamente honrosa para aquella nacion, no parece haber sufrido la ley de acortarse sus reinados, conviene esperar antes de generalizarla. Por lo demás siendo esta ley manifiesta, no se trata mas que de examinar su extension, pues nunca se profundizará bastante la influencia de la Religion sobre la duracion de los reinados y de las dinastías.

CAPÍTULO VI.

OBSERVACIONES PARTICULARES SOBRE LA RUSIA.

La Rusia nos presenta un hermoso fenómeno. Situada entre la Europa y la Asia, participa de la una y de la otra. El elemento asiático que posee y que salta á los ojos, no debe humillarla; antes bien podria sacar de él un título de superioridad: pero respecto de la Religion, se advierten en ella muchas desventajas, y tales, que no sé aun si á los ojos de un verdadero juez se la hallará mas cerca de la verdad que las naciones protestantes.

El deplorable cisma de los griegos y la invasion de los tártaros impidieron que los rusos participasen del gran movimiento de la civilizacion europea y legítima que procedia de Roma. Cirilo y Metodio, apóstoles de los esclavones, habian recibido sus poderes de la Santa Sede, y aun habian ido á Roma para dar cuenta de su mision¹. Mas apenas estaba atada la cadena, cuando fue rota por las manos de aquel Focio, de funesta y odiosa memoria, á quien la humanidad en general no tiene menos cargos que hacer, que la Religion, contra la cual no obstante se manifestó tan culpable.

¹ Cirilo y Metodio tradujeron la liturgia en esclavon, é hicieron celebrar la misa en la lengua que hablaban los pueblos que habian convertido. Sobre esto hubo de parte de los Papas grande resistencia y grandes restricciones, que por desgracia no produjeron en los rusos efecto alguno. Tenemos una carta del papa Juan VIII (que es la CXCV) dirigida al duque de Moravia *Sfentopulk*, en el año 839, en la cual dice á este Príncipe: «Aprobamos las letras esclavonas inventadas por el filósofo Constantino (que era el mismo Cirilo), y mandamos que se canten las alabanzas de Dios en lengua esclavona.» (*Vidas de los Santos*, traduccion del inglés. *Vida de san Cirilo y san Metodio*, 14 de febrero, en 8.º, t. II). Este libro precioso es un compendio excelente de los Bolandos.

Así, pues, la Rusia no recibió la influencia general, ni pudo penetrarse del espíritu *universal*, pues apenas tuvo tiempo para experimentar la mano de los Sumos Pontífices; y de ahí procede que su religion es toda exterior, y no penetra en los corazones. Es necesario tener gran cuidado en no confundir *el poder de la Religion sobre el hombre, y la adhesion del hombre á la Religion*; dos cosas que nada tienen de comun. Un hombre podrá estar robando toda su vida, sin concebir siquiera la idea de la restitution y no dejar de rezar todos los dias sus devoeiones, ó defender una imágen con peligro de su vida, y morir antes que comer carne en un dia prohibido, sin dejar de vivir en una amistad culpable. Yo llamo *poder de la Religion á aquel que muda y exalta al hombre*¹, haciéndole capaz de un grado mayor de virtud, de civilizacion y de ciencia. Estas tres cosas son inseparables, y la acción interior del poder legítimo siempre se manifiesta exteriormente por la prolongacion de los reinados.

Pocos escritores viajeros han hablado con amor de los rusos. Casi todos los han pintado por su lado débil para divertir la malicia de sus lectores. Y aun algunos, como el doctor Clarke, han hablado de ellos con una severidad que amedrenta, y Gibbon no ha tenido el menor reparo en llamarlos *los mas ignorantes y mas supersticiosos sectarios de la comunión griega*².

¹ Lex Domini immaculata CONVERTENS ANIMAS. (*Psalm. XVIII, 8*). Esta es una expresion muy notable. Un rabino de Mantua decia á un sacerdote católico, amigo mio, en una conversacion familiar: *Es preciso confesar que en vuestra Religion hay realmente una FUERZA QUE CONVIERTE*. Es cierto que Voltaire ha dicho en sentido contrario, que

Dios al mundo visitó,
Y cual era lo dejó.

(*Desastres de Lisboa*).

Pero para mí es un espectáculo divertido ver delirar á un genio, que paga de este modo el crimen de infidelidad á su mision. No le tengo compasion. ¿Por qué hace traicion á su dueño? ¿Por qué habia de violar sus instrucciones? ¿Era acaso enviado para mentir?

² *Historia de la decadencia, etc.*, t. XIII, c. 67, pág. 40.

No obstante, este pueblo es eminentemente valiente, benéfico, vivo, hospitalario, emprendedor; feliz en imitar, decididamente elegante, y poseedor de una lengua magnífica, sin mezcla de jerga alguna, aun en las ínfimas clases del pueblo.

Las manchas que desfiguran este carácter vienen, ó de su antiguo gobierno, ó de su civilizacion que es falsa; y no solamente es falsa porque es humana, sino porque, para mayor desdicha, ha coincidido con la época de la mayor corrupcion del espíritu humano; y porque las circunstancias han puesto en contacto, ó han amalgamado, por decirlo así, la nacion rusa con la que ha sido á un mismo tiempo el mas terrible instrumento y la víctima mas deplorable de esta corrupcion.

Toda civilizacion principia por los eclesiásticos, por las ceremonias, y aun por los milágrs, verdaderos ó falsos, nada importa. Ni hay, ni ha habido, ni puede haber excepcion de esta regla. Los rusos habian principiado tambien como los demás; pero su obra desgraciadamente se interrumpió por las causas ya indicadas, y no volvió á emprenderse hasta el principio del siglo XVIII bajo los mas tristes auspicios.

Las semillas resfriadas de la civilizacion rusa principiaron á calentarse cuando los franceses se hallaban en los lodos de la Regencia; y las primeras lecciones que oyó este gran pueblo en una lengua que adoptó por suya, no fueron mas que blasfemias.

Sabemos que hoy puede notarse un movimiento contrario, capaz de consolar hasta cierto punto el ojo de un observador amigo; mas, ¿cómo se borrará el anatema primitivo?

¡Qué lástima, que la mas poderosa de las familias esclavas se haya sustraído en su ignorancia al gran cetro constituyente, para arrojarle en los brazos de los miserables griegos del Bajo-Imperio! Sofistas detestables, pródigos de orgullo y de nulidad, cuya historia no puede leerse sino por un hombre que esté acostumbrado á devorar leyendas desagradables, y que ha presentado en fin, durante el espacio

de diez siglos, el horrible espectáculo de una monarquía cristiana envilecida hasta tener reinados de once años.

No es necesario haber vivido mucho tiempo en Rusia para conocer lo que falta á sus habitantes. Es una cosa profunda, que se siente profundamente, y que el mismo ruso puede contemplar en el reinado comun de sus Soberanos; que no excede de trece años, cuando el reinado cristiano se aproxima al doble de este número, y llegará á él ó lo excederá en cualquiera parte donde haya prudencia. En vano la sangre extranjera, puesta sobre el trono de Rusia, podria creerse en derecho de concebir mayores esperanzas; en vano las mas dulces virtudes vendrian á contrastar sobre este trono con la aspereza antigua: los reinados no se acortan *por las faltas de los Soberanos*, lo que seria visiblemente injusto, *sino por las del pueblo*. En vano los Soberanos harán los mas nobles esfuerzos, ayudados de los de un pueblo generoso que no cuenta jamás con sus dueños; todos estos prodigios del mas legítimo orgullo nacional serán nulos, cuando no sean funestos. Los siglos pasados ya no están en poder de la Rusia. El cetro creador, el cetro divino no ha reposado bastante sobre su cabeza; y sin embargo, en su profunda ceguedad, aun se gloria este gran pueblo de ello. Entre tanto la ley que lo abate viene de muy alto para que sea posible evitar su peso, si no es tributándola el debido homenaje. Para elevarse al nivel de la civilizacion y de la ciencia europea, no hay mas que un camino para él, y es aquel de donde se apartó.

Muchas veces ha oido la Rusia la voz de la calumnia, y aun muy frecuentemente la de la ingratitud. Sin duda tenia derecho de irritarse contra unos escritores sin delicadeza, que le pagaban con insultos la mas generosa hospitalidad: mas esperamos que no rehusará su confianza á sentimientos directamente opuestos. El respeto, la aficion, el reconocimiento seguramente no intentan engañarla.

CAPÍTULO VII.

OTRAS CONSIDERACIONES PARTICULARES SOBRE EL IMPERIO DE ORIENTE.

El Papa está revestido con cinco caracteres muy diferentes; porque es Obispo de Roma, Metropolitano de las iglesias suburbicarias, Primado de Italia, Patriarca de Occidente, y en fin Sumo Pontífice. En los otros Patriarcados jamás ha ejercido sino los poderes de este último carácter; de manera que á menos de ocurrir un asunto de grande importancia, algun abuso muy notable, ó alguna apelacion en causas mayores, los Sumos Pontífices se han mezclado muy poco en la administracion eclesiástica de las Iglesias orientales; y esto fué una desdicha no solo para ellas, sino tambien para los Estados donde se hallaban establecidas. Puede decirse que la Iglesia griega ha llevado desde su origen en su seno una semilla de division que no se ha desarrollado completamente sino al cabo de doce siglos; pero que ha existido siempre bajo de formas menos absolutas, menos decisivas, y por consiguiente soportables ¹.

Esta division religiosa se fortificaba con el apoyo de la oposicion política creada por el emperador Constantino; y auxiliadas recíprocamente, una por la otra, no cesaron de rechazar la union que hubiera sido tan necesaria contra los formidables enemigos que avanzaban del Oriente y del Nor-

¹ San Basilio habla tambien en alguna parte del *orgullo occidental* que llama, ΟΦΡΥΝ ΔΙΤΙΚΗΝ. Si no me engaño es en la obra que escribió sobre el partido que puede sacarse de las lecturas profanas para el bien de la Religion. Nada absolutamente, ni aun la santidad, podia extinguir del todo el estado natural de guerra que dividia los dos Estados y las dos Iglesias; estado que nacia de la política, y que venia desde Constantino.